

BESTSELLER DEL NEW YORK TIMES

UNA CRÓNICA DE ORGULLO,
DESENGAÑO Y VALENTÍA EN LOS ALBORES
DE LA GUERRA DE SECESIÓN

EL
DEMONIO
DE LA
INQUIETUD

ERIK
LARSON

AUTOR DE *EL DIABLO EN LA CIUDAD BLANCA* Y *ESPLENDOR Y VILEZA*

Ariel

Erik Larson

El demonio de la inquietud

Una crónica de orgullo, desengaño y valentía
en los albores de la Guerra de Secesión

Traducción de Joan Andreano Weyland

Ariel

Título original: *The Demon of Unrest*

Primera edición: abril de 2025

© Erik Larson, 2024

© por el mapa, David Lindroth Ltd, 2024

© por la traducción, Joan Andreano Weyland, 2025

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3866-8

Depósito legal: B. 5.377-2025

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Sumario

Artes oscuras 13

Mapa 15

Una nave en la oscuridad 17

PARTE UNO

EL MEJOR DE TODOS LOS MUNDOS 29

PARTE DOS

TRAICIÓN EN EL VIENTO 101

PARTE TRES

PRECIPICIO 197

PARTE CUATRO

VIAJE 263

PARTE CINCO

COACCIÓN 333

PARTE SEIS

CONFRONTACIÓN 407

PARTE SIETE

¡FUEGO! 455

Epílogo: Un brindis 529

Coda: Sangre en los tulíperos 541

Fuentes y agradecimientos 545

Notas 551

Índice analítico 597

SPRINGFIELD, ILLINOIS

Cataclismo

6 de noviembre de 1860

Un disparo de cañón, el amanecer, un resplandor anaranjado y una columna de humo; luego, otro. Los cristales se sacudieron y los gansos alzaron el vuelo. No había allí amenaza alguna: era día de elecciones, 6 de noviembre de 1860, seis meses antes. El disparo era para que la ciudad despertase y fuese a votar. Tratándose de Springfield, Illinois, en el corazón de la zona agrícola y en aquel decisivo otoño, casi todo el mundo estaba ya despierto y casi todo el mundo iba a ir a votar. Se trataba de una competición con cuatro contendientes de resultado incierto, pese a que se consideraba favorito a Lincoln. Si ninguno de los candidatos obtenía una mayoría clara de votos, la victoria se decidiría en la Cámara de Representantes.

Con la salva matutina, se produjo lo que un reportero calificó de «tumulto callejero», pues la gente comenzó a dirigirse hacia el único colegio electoral de la ciudad, situado en el segundo piso del Tribunal del Condado de Sangamon, en la calle Sexta que hacía esquina con la calle Washington. El propietario de una heladería cercana abrió el local para que un grupo de mujeres del Partido Republicano celebrasen un festín a base de café, bocadillos, ostras y tarta.

Springfield era la ciudad natal de Lincoln. Tenía que caminar cinco calles desde su casa hasta la sede de su campaña electoral, la cual, por cortesía del gobernador local, estaba situada en el capitolio del estado de Illinois, una sala reservada habitualmente al propio gobernador. En algún momento del día, Lincoln declaró que las elecciones estadounidenses eran como «grandes fiebres»: causaban mucho dolor antes de desapare-

cer, pero, cuando el problema acababa, el cuerpo se encontraba en mejor estado que antes».¹ En Quincy, Massachusetts, el representante Charles Francis Adams, abolicionista aliado de Lincoln y prolífico escritor de diarios, se maravillaba de lo pacífica que estaba resultando la jornada pese a las pasiones que dividían el país. «Es de destacar que, a lo largo y ancho de esta tierra, el proceso de cambio de gobernantes se está llevando a cabo pacíficamente, ¡y un gran cambio con toda probabilidad!», explicaba.²

Un cambio cataclísmico: si Lincoln ganaba y el Partido Republicano se hacía con el control de Washington, se llevaría por delante tanto la Administración de Buchanan como el Partido Demócrata, partidario de la esclavitud, que había colocado en casi todos los puestos a simpatizantes de la causa sureña y de su peculiar institución. Los demócratas habían mantenido un poder casi inamovible sobre ambas cámaras del Congreso desde 1833, en ocasiones con mayorías sorprendentes. En el último mandato completo, que había acabado en 1859, los demócratas habían obtenido en la Cámara 42 escaños más que los republicanos y en el Senado contaban con una mayoría de dos a uno. No obstante, esa vez, Lincoln parecía tener una oportunidad. Los conflictos dentro del Partido Demócrata habían abierto una grieta entre las facciones del Norte y del Sur, lo que las llevó a proponer candidatos propios. Además, el Partido de la Unión Constitucional, de reciente aparición, que aseguraba buscar un acercamiento entre Norte y Sur, presentaba un tercer candidato. Y el Partido Republicano, que iba ganando impulso, nominó a Lincoln. Con el voto dividido entre cuatro candidatos, los partidarios de Lincoln comenzaron a vislumbrar un camino expedito a la Casa Blanca. La perspectiva de un cambio de partido en el Gobierno era de por sí desalentadora para el Sur, esclavista, pero el ascenso al poder de Lincoln la convertía en aterradora. Muchos sureños, alentados por los activistas apodados «Tragafuegos» (*fire-eaters*), tachaban a Lincoln de abolicionista radical y lo describían como alguien obsesionado en lograr que negros y blancos fueran iguales en todos los aspectos: una perspectiva intolerable, pese a las repetidas promesas de Lincoln de no interferir con la esclavi-

tud en aquellos estados en los que ya existía. Tal era el odio que sentían por él que en diez estados del Sur profundo ni siquiera se puso su papeleta en los colegios electorales. El diario sureño más radical, el *Charleston Mercury*, pedía que, en caso de que Lincoln ganase, todos los estados esclavistas proclamasen de inmediato la secesión.

Hacia las tres y media de la tarde, Lincoln atravesó a pie la plaza para depositar su voto mientras sus paisanos, que lo adoraban, lo llamaban por los varios apodos que tenía:

el Viejo Abe,
el Tío Abe,
Abe el Sincero,
el Matagigantes.

Este último aludía a uno de sus oponentes en la carrera presidencial, Stephen Douglas, un hombre de estatura diminuta pero de gran altura intelectual, apodado por prensa y público Pequeño Gigante.

Una multitud lo siguió. Lincoln se lo ponía fácil, pues tenía porte de insecto y medía 1,82 metros sin zapatos ni sombrero, pese a lo cual llevaba un alto sombrero de copa de seda negro, que elevaba su estatura hasta los casi 2,15 metros. Subió las escalinatas de unos pocos pasos y se aproximó a una ventana reservada a votantes republicanos. Tras él, cada vez había más gente.

Su secretario personal, John Nicolay, recreó la escena en un memorando aquel mismo día. Escribió que los escalones del Tribunal del Condado «estaban abarrotados de gente, que le daba la bienvenida, jaleando, y lo seguía en gran número por el vestíbulo y las escaleras hasta la sala del Tribunal, que también se encontraba llena de gente. Allí el aplauso se volvió absolutamente ensordecedor y, desde el momento en que entró en la sala hasta que acabó de votar y se fue, hubo gritos de “hurra” y saludos con los sombreros, así como todo tipo de muestras de fervor y aplausos que taparon cualquier otro sonido».³

En la ventana, el candidato anunció su nombre, «Abraham Lincoln», como si el secretario y los demás no lo conocieran, y

este depositó su voto en un cuenco de vidrio que había al lado. En un gesto de humildad, primero tachó su nombre de la papeleta, para que no se pensara que se elegía a sí mismo; votó una candidatura republicana. Tardó una hora en conseguir bajar las escaleras y atravesar la multitud para llegar a su despacho.

Pronto, comenzaron a llegar noticias de los primeros recuentos gracias al telégrafo. Esta parlanchina madeja de cables, con 75.000 kilómetros de extensión, había transformado la comunicación. Si bien no totalmente instantáneo, debido a los numerosos puntos en los que había que transcribir los mensajes y reenviarlos, pasaba por ser algo casi milagroso. Los mensajeros llevaban los últimos resultados a la sede de la campaña electoral. Había una atmósfera de contención. «Lincoln nunca se abrió a ningún mortal durante toda su vida —escribió William H. Herndon, su socio de bufete—. Fue el hombre más reservado, reticente y callado que jamás existió.»⁴ Quienes lo conocían podían darse cuenta, no obstante, de que el suspense lo carcomía. «El señor Lincoln estaba tan sereno como siempre —dijo Thurlow Weed, amigo y asesor político—, pero había un tic nervioso en su rostro cada vez que llegaba un mensajero procedente de la oficina del telégrafo, lo que indicaba una ansiedad interna que ninguna apariencia de tranquilidad conseguía reprimir.»⁵

Hacia las nueve de la noche, la tensión era ya demasiada incluso para el difícilmente impresionable Lincoln. Ya había oscurecido del todo y las calles estaban poco iluminadas y húmedas por la lluvia. Acompañado por su secretario, Nicolay, y por dos amigos, Lincoln se dirigió a la oficina del telégrafo y, por invitación de los operadores, tomó asiento en un sofá cerca de los receptores. Allí sentado, tenía el aspecto de un mástil sobre un taburete y se mantenía en un incómodo equilibrio entre la relajación y el derrumbe.

Los mensajes llegaban codificados, como era costumbre en la época, y el operador los transcribía en pequeños trozos de papel de color mostaza. De inmediato, se los arrancaban de las manos las demás personas que abarrotaban la sala y se los pasaban entre sí hasta que, al final, llegaban a Lincoln. Las noticias eran buenas y mejoraban por momentos. Se había llevado Chi-

cago por 2.500 votos; Connecticut, por 10.000; Pittsburgh por 10.000. Pero el gran interrogante era Nueva York.

Primero, llegó un críptico mensaje de la dirección del Partido Republicano de Nueva York: «La ciudad de Nueva York cumplirá de sobra con sus expectativas».⁶

Lincoln abandonó la oficina del telégrafo, pero luego regresó.

Por fin, llegó el telegrama crucial de Nueva York: «Le enviamos nuestra felicitación por su magnífica victoria».

La ciudad de Nueva York había optado por Lincoln con suficiente mayoría como para entregarle el estado entero, un gran premio que le daba 35 votos de compromisarios. Esa misma noche, más tarde, Lincoln supo que también había ganado en Springfield, donde los cuatro candidatos eran populares. Había obtenido la victoria por 22 votos. En ese momento, como señaló un observador, Lincoln se permitió por fin una demostración de alegría, «una repentina expresión de euforia que ni era una aclamación ni un graznido, pero que poseía algo de la naturaleza de ambos». Y se rio abiertamente.

La risa no duró mucho. Nicolay fue testigo del momento en que comprendió la magnitud de aquello. Había ganado. «Era como si, de repente, cargara con todo el peso del mundo sobre sus hombros y no pudiera quitárselo de encima.»⁷

En otros lugares, circulaban rumores descabellados: habían estallado disturbios en Nueva York; los secesionistas de Alabama habían tomado como rehén a Stephen Douglas; Washington estaba en llamas. Por todo el Sur, se extendió el más aterrador de los rumores: que había comenzado una insurrección general de esclavos, el mayor temor de los sureños. En Texas, se corrió la voz de que abolitionistas y esclavos planeaban matar a las mujeres blancas mientras sus maridos estaban fuera votando. Para muchos, en el Sur, las elecciones fueron el acontecimiento decisivo. El Tragafuegos Edmund Ruffin escribió en su diario lo siguiente sobre la victoria de Lincoln: «Servirá para establecer si estos estados del Sur seguirán siendo libres o serán políticamente esclavizados; si nuestra resistencia asegura la continuidad de la institución de la esclavitud negra, sobre la que se basa la existencia social y política del Sur, o si resulta abolida en poco tiempo».⁸ Ruffin tenía la ferviente esperanza —«el más

ferviente deseo» — de que Lincoln ganara: «Porque espero que al menos un estado, Carolina del Sur, se separe y que otros lo sigan». Escribió lo siguiente respecto a la idea de que el Sur no resistiera: «No se mantendrán nuestros derechos y el fin de la esclavitud de los negros será un hecho. No puedo pensar en nada que no sea esta trascendental crisis de nuestras instituciones y nuestro destino».

En Springfield, hubo celebración. Las luces permanecieron encendidas en la Cámara de Representantes del estado, en el capitolio, según informaba Nicolay a su prometida, Theren Bates, «y estuvo lleno, durante casi toda la noche, de una multitud que gritaba, chillaba, bailaba, cantaba y se permitía todo tipo de demostraciones de felicidad a medida que llegaban las noticias».⁹

Uno tras otro, los telegramas iban llegando. A medianoche, el resultado era seguro. Era una victoria extraña: Lincoln ganó más en el voto popular que cualquier otro candidato; más, en realidad, de lo que cualquier otro presidente había ganado nunca —casi 1.866.000 votos—, pero esto solo representaba el 40 por ciento del total nacional. Sin embargo, con la carrera electoral dividida en cuatro partes, era más que suficiente. Ganó el colegio electoral por un amplio margen. Aun así, los resultados ofrecían pocas esperanzas de superar la división de la nación. En los pocos estados del Sur en los que figuraba en las papeletas, recibió pocos votos. En Virginia, obtuvo poco más del 1 por ciento; en Kentucky, su estado natal, menos del 1 por ciento.

Hacia las dos de la madrugada, Lincoln se marchó a su casa. Halló a su esposa Mary dormida y le tocó el hombro suavemente, pero no hubo respuesta. «Volví a hablar, esta vez un poco más fuerte —según recordaría más tarde—. ¡Mary! ¡Mary! ¡Nos han elegido!»¹⁰

Sin embargo, poco antes de esa escena, mientras se dirigía caminando a su domicilio, un amigo lo oyó decir: «Que Dios me ayude. Que Dios me ayude».

Aunque había ganado las elecciones de largo, Lincoln, siempre minucioso con los detalles legales, no terminaba de asimilar su victoria. La certificación final de los votos del colegio electoral no tendría lugar hasta al cabo de tres meses, el 13 de febrero, y existía una gran incertidumbre sobre si se llevaría a cabo sin conflictos, dado el creciente malestar en el país. Según la Constitución, el vicepresidente en funciones, John C. Breckinridge, realizaría el recuento de los votos y los certificaría. Este no solo era sureño y propietario de esclavos, sino que también había sido el competidor más cercano de Lincoln en la carrera presidencial.

Y al Sur no le gustaba el resultado. Por un lado, la elección de Lincoln y la aprensión que condujo a ella acarrearón un coste directo en el bienestar económico de los ciudadanos más notables del Sur, sus plantadores. Los precios del algodón cayeron, al igual que el valor de mercado de los esclavos, lo que a su vez limitó la capacidad de los plantadores para emplearlos como garantía en hipotecas y otras inversiones. Un macho «extra n.º 1», que se habría vendido por 1.625 dólares en Richmond durante el verano anterior pasó a venderse por solo mil dólares: un 38,5 por ciento menos. Carolina del Sur reaccionó con gran furia. Al día siguiente de las elecciones, los más altos funcionarios federales del estado renunciaron a su cargo; entre ellos, el juez Andrew Gordon Magrath. «En la historia política de Estados Unidos se ha producido un acontecimiento de ominosa importancia para quince estados esclavistas», dijo Magrath al dimitir, quien juró que en adelante solo obedecería los deseos de su propio estado.¹¹ «Por lo que a mí respecta —dijo—, el templo de la justicia, levantado bajo la Constitución de Estados Unidos, está ahora cerrado.» Mejor eso, declaró, que permitir que se profanase «con sacrificios a la tiranía». El acto de Magrath electrizó al Sur.

A Lincoln todo este rencor le resultaba un misterio. No entendía la reacción de Carolina del Sur. Se habían celebrado unas elecciones y él había ganado; se había defendido la mayor tradición democrática de Estados Unidos. En ningún momento había amenazado con abolir la esclavitud o emancipar a los millones de hombres y mujeres esclavos que poblaban las plan-

taciones del Sur. Pero los Tragafuegos y editores secesionistas lo habían retratado como si pretendiera justo eso.

«¿Qué es lo que podría decir para calmar esta alarma? —escribió a un amigo poco antes de las elecciones—. ¿Que el Gobierno no pretende interferir con los esclavos o con la esclavitud dentro de los estados? He dicho esto tantas veces que repetirlo no es más que una burla que da una imagen de debilidad y cobardía, lo que tal vez debería evitar. ¿Por qué estos hombres inquietos no leen lo que ya he dicho?»¹²

Pero aquí Lincoln revelaba su propia ceguera. Lo que pronto se haría evidente era lo poco que comprendía al Sur, en particular el miedo existencial que la aristocracia de plantadores albergaba ante su llegada a la presidencia. Este era sobre todo el caso de Carolina del Sur, un estado desesperado por una serie de factores, tanto bajo su control como fuera de él.